

*banas*, aun cuando se trataba de aglomeraciones distintas de las metrópolis que hemos citado más arriba, y que, a falta de una conceptualización suficiente y de una denominación precisa llamaremos las grandísimas aglomeraciones humanas; en todo este texto, hemos hecho que la fórmula de base fuese seguida en forma perfectamente consciente, del calificativo de *urbano*. Hemos hecho esto porque existen también *grandes aglomeraciones rurales* que no presentan las dificultades de análisis de la *gran aglomeración urbana*, centro de este trabajo. Es bien sabido que existen en una forma tradicional e histórica, en las llanuras de Europa central, aglomeraciones *rurales* que a menudo tienen más de 100 000 habitantes, singularmente en la llanura húngara y en la parte yugoeslava de esta planicie: Subotica, en Yugoslavia, Szeged, Hoedmoesvasarely, Keckemet y muchas otras más en Hungría. No se trata, en este caso, de antiguas aldeas que hubiesen crecido gracias a una industrialización rápida y contemporánea, actual; no se trata —menos aún— de una de esas “agro-ciudades” que los regímenes comunistas han intentado hacer nacer; no se trata más bien, de grandes aglomeraciones [que no son denominables de modo preciso ni por medio del vocablo “ciudad” —pues sus estructuras y funciones son las de las aldeas— ni por el término “aldea” —pues es difícil llamar así a un agrupamiento humano de tal amplitud—]; se trata de grandes aglomeraciones a las que las estructuras socio-económicas han impuesto este inmenso desarrollo. Para ellas, las dificultades de estudio, de comparación, de definición, de clasificación no son grandes, pues pertenecen, efectivamente, a pesar de su amplitud numérica —léase de su extensión espacial (Subotica no difiere mucho en cuanto a superficie con respecto a París)—, a las categorías agrarias. Esto es así porque a las identidades de localización espacial se agregan: una *semejanza* de función y, en conjunto, una *simplicidad* por no decir una *unicidad* de función.

Sucede una cosa enteramente distinta en cuanto se aborda la sociología urbana o, mejor aún, la sociología de las ciudades. Las funciones se vuelven de tal manera múltiples en cada una de ellas, y tan diversas —tan diferentes en cada una en todas— que esas funciones, incluso enumeradas y definidas, llegan a revestir calificaciones particulares tan matizadas, resultan tan variables en cuanto a modo de satisfacción en cada aglomeración, que la dificultad de unificación con vistas a una comparación —y, por tanto, con vistas a una clasificación de tales aglomeraciones urbanas— sería dificultad que hiciera casi imposible una visión de conjunto que permitiese la elaboración de una disciplina particular si ésta quisiera quedar colocada fuera de los grandes métodos de la Sociología y fuera de las diversas ramas de la Sociología, o convertirse en un modo de Sociología de un género particular y autónomo. Las funciones de la aldea, las funciones de los campos, las funciones de cada uno de los

hechos de la sociología agraria son, por una parte, poco numerosos y, por otra, semejantes en cualquier lugar del mundo. ¿Podría decirse —y una simple enumeración exigiría trabajo considerable— que las funciones de París, Londres, Roma, Estambul, Argel, Helsinki, Viena, Budapest, Colonia, Hamburgo, Belgrado, Bucarest, México, Nueva York, Estocolmo, Atenas, Túnez, son *todas* idénticas, de la misma naturaleza? ¿Podría decirse, incluso, que funciones que aparecen bajo la misma forma en algunas de estas aglomeraciones son de valor relativo y de potencia idéntica? En tanto que en Sociología agraria nos encontramos, por lo que se refiere a las funciones, frente a lo que es único o frente a unas cuantas cosas, en sociología urbana nos encontramos frente a lo múltiple, por no decir —pues ello no sería científico y podría implicar un a manera de descorazonamiento pesimista— que nos encontramos frente a lo innumerable... *Hay funciones de París que no tienen parecido en Nueva York, y en Estambul hay otras para las que no existe función semejante o comparable en Helsinki*. Toda tentativa —indispensable, con todo— que se haga con el fin de elaborar un objeto nuevo de una disciplina nueva y que trate de reducir a la unidad o a una débil multiplicidad el número y las formas de función de las diversas grandes aglomeraciones urbanas que acabamos de señalar, nos parece, desde el principio, destinada al fracaso. Empíricamente, además, se ha intentado esta reducción: es corriente que los problemas de una de estas grandes aglomeraciones se traspongan, en la práctica, a otra de esas aglomeraciones; las visitas de los ediles, los estudios en común de los grandes administradores y funcionarios de estas aglomeraciones, son tan numerosos que puede considerárseles como corrientes en las actuales, lo cual no impide menos que, desde el ángulo científico, resulten *de poco provecho*, e incluso que material y prácticamente tengan —según parece— un *rendimiento incierto*. Los problemas de circulación —es decir, un grupo de problemas con aparente unidad, que presentan una base única y responden a un solo grupo de funciones o a una sola función y que son, en el fondo, problemas elementales de circulación— ¿pueden recibir una solución única (o soluciones similares) en cada una de estas grandes aglomeraciones urbanas? Es bien sabido que no, siendo como son, muy distintas, la manera, la forma.

*Sucede lo mismo* —y procuraremos ser breves al respecto, por ser evidentes desde el primer momento— con los *criterios de poblamiento* de las grandes aglomeraciones urbanas, pues ahí, de inmediato, es de considerar toda la historia de estas ciudades, para no hablar de la historia de sus poblaciones. Ya hemos visto que, desde el principio, a consecuencia de los decalajes en los momentos de fundación, las condiciones de fundación son múltiples y diferentes, pues quien dice momento dice sólo cantidad y no manera, siendo así que las maneras

son aquí múltiples en cuanto a condiciones de fundación, trátase de la primera fundación como ocurre con Lutecia en el caso de París por ejemplo, o de la segunda, según es el caso de las transformaciones de Hussman, también para París, frente a las condiciones de fundación múltiples y divergentes de la primera o de la segunda fundación de Roma —en tiempos de Rómulo y Remo, en un caso, después del Renacimiento, en el otro—. ¡En qué forma y hasta qué punto la evolución histórica de Nueva York y la evolución histórica de Estambul no habrían de oponerlas entre sí y, por lo tanto, no habrían de hacer imposible el que, fuera de las aportaciones de la Sociología en general y de cada una de sus partes y de sus ramas en particular, se elaborara una ciencia autónoma cuyo objeto fuera la ciudad, e incluso imposibilitarían la elaboración de una sociología urbana que no quisiera vincularse con las reglas generales de la Sociología y aprovecharse de las aportaciones de las diversas ramas de nuestra disciplina!... Y la fundación de las ciudades no representa sino un momento muy corto y muy sencillo de su historia, historia que no es —ella misma— sino una parte de las reacciones sufridas y que depende, en todas partes, además, de los modos de poblamiento.

Los dos tipos de criterio que hemos dado para la gran aglomeración urbana nos parece que hacen surgir en tales hechos sociales tal multiplicidad de características, que llegamos a plantearnos el problema, no ya de saber si la sociología urbana puede, por sí sola, constituir una disciplina autónoma, ya que resulta de plena evidencia que esto no es posible, sino de saber *si la gran aglomeración urbana contemporánea es completamente susceptible de aprehensión mediante una visión de conjunto* que llegue a unificar suficientemente las características de todas las grandes aglomeraciones urbanas contemporáneas para hacer de ello un objeto *inmediatamente único o uno*, y objeto incluso de una sola rama de la Sociología? Por múltiples razones, no nos parece esto.

En primer término, no nos parece porque todas las grandes aglomeraciones urbanas contemporáneas no son conocidas por la experiencia y el conocimiento sensible del conjunto de sus habitantes. Que se nos entienda bien: queremos decir con esto que la población de una gran aglomeración urbana contemporánea ignora, en conjunto, la totalidad de esa gran aglomeración en la que habita. *Ningún habitante de París sufre la influencia del conjunto de la aglomeración parisina*. Sucede lo mismo, indudablemente, con respecto a Nueva York, Moscú, Cantón, Londres. En primer lugar, este habitante no conoce "su" ciudad, a pesar de que utilice habitualmente este adjetivo posesivo; no conoce la ciudad de la que habita una circunscripción administrativa. No la conoce; no estaríamos lejos de decir que sólo ha oído hablar de ella a otros que, a su vez, no le han hablado sino de una parcela arbitrariamente delimitada de

esta aglomeración. Si "conocer una cosa, según la fórmula clásica, consiste en saber servirse de ella", *no conoce esta ciudad, pues no sabe servirse de ella*. Para recorrerla simplemente con una finalidad precisa (una visita que hacer o un camino que seguir), necesitará de un plano, y más exactamente, de un plano del barrio, de la demarcación; irá de una circunspección administrativa a otra más que ir al través de la gran aglomeración misma de un islote de ciudad a otro de la misma ciudad. Para servirse de ella, comenzará por dividirla "en tantas partes como sea preciso para conocerla mejor". Desde el ángulo del conocimiento habrá visto el plano, el esquema, las líneas generales y, por lo tanto, *tendrá más o menos una visión abstracta*. Para él lo existente, lo que conocerá, será, en el mejor de los casos, el o los cuarteles administrativos; el resto seguirá siendo abstracto para él: *conocerá la representación gráfica* de ello, eso es todo.

Por no conocerla al través de un conocimiento sensible y experimental —si así puede decirse— o al través de la experiencia, en todo caso, no sabrá cómo comportarse ahí o, por lo menos, *se conducirá mal*. Conforme más sepa comportarse en un islote determinado del conjunto de la ciudad, menos chocará al presentarse en sus lugares habituales —y en esto, "sus" representa tanto lo que es habitual del islote como lo que es habitual de la persona— y, en el mismo grado, resultará *extranjero* para un número *indeterminado* de islotes; en efecto, *extranjero para la ciudad tomada en su integridad*. *Es en este punto en donde se percibe que el habitante de una ciudad es esencialmente el habitante de su barrio, puesto que no sabe servirse de los demás*. Todo el drama de la migración de una circunscripción administrativa o geográfica de una ciudad a otra reside en esta ignorancia, y hay una migración con desorientación con desenraizamiento, con todas las características de la migración, cuando uno de los habitantes de una de estas grandes aglomeraciones urbanas "cambia de cuartel, tomando este término ya en sentido administrativo o geográfico. Así como en el nivel del conocimiento tenía necesidad de un plano, de un mapa, de una representación gráfica —plano, mapa, representación de la que tenía entonces la imagen más que de la ciudad en cuanto tal y tomada en su totalidad y en su realidad, intermediario que le daba un conocimiento secundario de la vida, logrado como por interpósita persona—, así también, en el nivel de la acción, tiene necesidad de un aprendizaje, de una adaptación: *necesita acostumbrarse*. Hay cuarteles geográficos a los que no sólo no se va o no sólo *no se sabe cómo ir*, sino a los que incluso *no se quiere ir*, porque en ellos no "se halla uno". No se halla uno o no se encuentra bien, geográficamente hablando, pero también en los que no se halla o no se encuentra bien el individuo, psicológicamente hablando; ahí se es "otro"; es preciso adquirir una personalidad distinta. Sin

esta otra personalidad, la persona se siente incómoda, es, en estas condiciones, un extranjero. Convendría investigar si el habitante de tal o cual barrio —el hombre que tiene sus ocupaciones y sus distracciones en ese mismo barrio (y hemos reunido voluntariamente estas dos formas de actividad)— no se siente extranjero o extraño en otro barrio de esta ciudad que, sin embargo, es una en apariencia, y si no se siente más extranjero o extraño en ese otro barrio que lo que se sentiría si se encontrara en una ciudad distinta. Valdría la pena intentar la encuesta. En el barrio alejado de sus hábitos de vida y de sus funciones es probable que se sienta más extranjero que en la provincia de donde viene y a la que regresa en las vacaciones, aun cuando ésta se encuentre más alejada de sus lugares de vida y de trabajo y presente modos de vida más diferentes. O incluso que se sienta más extranjero que en la región de reposo o de turismo a la que va una sola vez... Esto probablemente sea así, porque, en el primero de los casos, en esas provincias vuelve a encontrar hábitos y comportamientos que son o que, por lo menos, fueron en algún tiempo los suyos propios. Esto puede ser así porque, en el segundo de los casos, en las regiones mencionadas *sabe que será un extranjero y tratará de ser un extranjero*, pues el turismo tiene uno de sus fundamentos en este cambio, en este deseo de cambio no sólo de una atmósfera y de un cierto número de hábitos que el turista quiere conocer, sino en ese deseo de llegar a ser otro, en esa desorientación en ese desenraizamiento, en esa adopción de una personalidad distinta. Pero, en la ciudad, el hombre que *debe* ir a un barrio diferente, que es transformado ahí como por la fuerza, a causa de un cambio más o menos fortuito, que no depende de él y de sus hábitos, *realiza una verdadera migración*; si es de los barrios a los que no se va, es de los barrios por los que se pasa rápidamente, de donde se tiene prisa por salir. O bien, en otros casos, a estos barrios —como a una provincia extraña— se va, el domingo, para hacer de algún modo turismo— se va a cambiar aires, a cambiarse de mentalidad y de hábitos, se va *para* sentirse extranjero.

Hay algo más, y algo que probablemente nos indique más aún la manera en que posiblemente deba abordarse la sociología urbana y, al mismo tiempo, algo que nos indique el sitio de la sociología urbana en la Sociología: el hombre de la gran aglomeración urbana ¿cómo, en qué forma, se siente miembro de esta aglomeración humana y física? ¿Por su pertenencia a un cuartel administrativo o a una zona geográfica? Creemos que no: los cuarteles administrativos o las zonas geográficas probablemente sean todavía demasiado amplios, y probablemente estén formados aún de demasiados pedazos dispares; además, es raro que en estas aglomeraciones urbanas se tengan, a la vez, lugares de reposo, de trabajo, de ocio —de ocio habitual, acostumbrado, rutinario—, lugares

destinados a evitar o eliminar el que consiste en migrar hacia otro barrio al que se va voluntariamente a hacer un poco papel de turista —que se tengan, decimos, simultáneamente, lugares de reposo, de alimentación, de trabajo y de ocio en un mismo cuartel administrativo o zona geográfica. Dudamos en escribir —aunque ello nos parezca esencial— que *el cuartel o barrio se lleva en sí* y no hay ni cuartel administrativo ni zona geográfica, sino *síntesis de los diferentes espacios en los que se ejercen actividades*. Es en y gracias a esta *síntesis* por lo que el hombre que habita en una gran aglomeración urbana no es un extranjero en su ciudad; es en y por esta *síntesis* por lo que la llamada “trascendencia” de la ciudad desaparece en caso de haber existido fuera de la ilusión de las primeras horas de contacto con aquello que parecía monstruoso. Lo que pertenece, en una gran aglomeración urbana a cada uno de sus habitantes, son los espacios recorridos, los espacios vividos, los espacios en los que se ha respirado, los espacios a los que se está habituado. La misma distancia parece mayor cuando es nueva que cuando se la recorre todas las mañanas y todas las tardes; porciones iguales en cantidad e iguales o semejantes en calidad, parecen desiguales o desemejantes según que se las habite por primera vez o que se viva en ellas desde hace veinte años; espacios próximos al lugar de habitación o al lugar de trabajo, construídos y habitados de la misma manera, parecen extraños porque no se les ha utilizado de la misma manera que el lugar de trabajo o el de habitación; espacios hay que parecen extraños y desagradables sólo porque no se tienen sus hábitos aun cuando sean objetivamente iguales a aquellos en los cuales la vida es casi automática. Esta síntesis de los diferentes espacios en los cuales se han ejercido actividades, es una *síntesis vivida* cada día que, de este modo, *se lleva en sí mismo* y que *no existe sino en sí mismo*, de tal modo que no es abarcada por ningún límite administrativo o geográfico. Es gracias a esa síntesis a lo que se pertenece a una gran aglomeración urbana, y también gracias a ella a lo que se debe el que esta gran aglomeración urbana pertenezca a cada uno y a todos sus habitantes. Y *es en ese habitante, en esos habitantes, en los que el sociólogo debe ir a investigar la gran aglomeración urbana*, o, por lo menos, en donde debe *comenzar* a inquirir acerca de la gran aglomeración urbana que, fuera de esta síntesis, no es sino una representación cartográfica y, por lo tanto, un género o tipo de abstracción. También para él, que debe *acabar* o completar su conocimiento sociológico de cada aglomeración urbana, para él y para ellos que de barrio o cuartel (como síntesis de actividades), en barrio o cuartel (concebido en ese mismo sentido), de barrio en barrio o de cuartel en cuartel, darán al sociólogo la visión y el funcionamiento real y dinámico de la gran aglomeración urbana o de *tal o cual* aglo-